

pregnadas de espíritu catalán, —nos la arrebatábamos de las manos, se sacaban cien copias de ella, se leía en alta voz en los cuerpos de guardia, y se daban al olvido los graves acontecimientos del día (*eran los últimos de la primera guerra civil*); es decir, que por un momento la suerte del caballero cruzado de *El Gayter* nos interesaba más que el paradero de Cabrera, recién entrado en Cataluña, y con quien tal vez tendríamos que batirnos al día siguiente.»

En 1841 se reimprimieron, coleccionadas en un tomo, las poesías catalanas de Rubió, que al año siguiente obtuvo el premio ofrecido en un certamen público por la Academia de Buenas Letras de Barcelona con su poema *Roudor de Llobregat, ó sia los cataláns en Grecia*, y que en el decurso de su laboriosa vida nunca ha cesado totalmente de cantar en la lengua de sus padres á la fe, la patria y el amor, sus tres númenes inspiradores. La inmaculada pureza de la intención, y la discreta y mansa apacibilidad de tonos, forman el distintivo constante de la colección poética de *El Gayter*, y han sido origen del entusiasmo cordial y la fría indiferencia con que alternativamente se la ha juzgado, según los tiempos, los puntos de mira y las ideas peculiares de cada crítico. Cubre hoy tan denso velo las un día arrobadoras manifestaciones de la poesía trovadoresca: tan cerradas están las almas á la nota de los sentimientos familiares y sencillos, y tan alto han subido la musa y el idioma catalanes en su última etapa, que forzosamente han de parecer á la generación actual algo caído el color y desvirtuado el perfume de las flores nacidas en el jardín de *El Gayter del Llobregat*, con otra atmósfera y otro riego muy distintos de los que ahora privan.

Sin embargo, no cabe olvidar sin ingratitud que á Rubió se deben hermosos fragmentos narrativos; que en *Dolors y consols, Amors que matan, Sa mirada, Postas de sol*, etc., hay excelentes ideas; que los tro-

piezos y la irregularidad de la expresión merecen excusa en quien usaba moldes desfigurados por la brutal profanación de los copleros, y, sobre todo, que nadie antes del *Gayter* expuso un programa tan completo de restauración literaria, que ninguna otra voz antes que la de él pidió el restablecimiento de los *Juegos florales*, por el cual abogaba con calor en 1841, diez y ocho años antes de que se convirtiese en hecho. Además, y fuera del innegable influjo ejercido por Rubió en varios, no en todos, los adalides con que al principio contó la *Renaixensa*, sabemos, por explícitas declaraciones de los interesados, que el libro del docto profesor barcelonés decidió á Antonio de Trueba <sup>1</sup> á inspirarse en la observación de las costumbres y el espíritu de su país, dictándole así la ley reguladora de sus producciones literarias, y que fué como el impulso inicial de donde brotaron las primorosas rimas valencianas de Teodoro Llorente <sup>2</sup>.

Aunque tardaron algún tiempo en exhibirse los imitadores de Rubió y Ors, lo hicieron al fin con muchos bríos y en apretada falange, todos con férvido patriotismo, no todos con aliento de poetas. Inútil y tediosa resultaría la lista de apellidos y composiciones <sup>3</sup> que pasaron como meteoros por el horizonte de la literatura catalana, y en que hoy sólo podría detenerse la piedad filial, no la severa mirada de la crítica. Entre los pseudónimos que, á semejanza de *Lo Gayter del Llobregat*, se impusieron los continuadores de su obra, los hay tan feos y malsonantes como los de *El Copleador* (coblejador) *de Moncada* y *El Tamborilero* (tamboriner) *del Fluviá*.

<sup>1</sup> Véase en comprobación el artículo de D. José Pérez Ballesteros «Antonio de Trueba» y *Lo Gayter del Llobregat*. (*Revista Contemporánea*, 15 de Septiembre de 1889.)

<sup>2</sup> Carta del mismo poeta á Rubió, extractada por éste en su *Reseña...* (págs. 49 y 52).

<sup>3</sup> Respecto de algunos, pueden consultar los curiosos la mencionada colección de Bofarull, *Los trobadors nous*.

Bajo el título de *Coblejador* se ocultaba un hombre de férrea tenacidad, docto investigador de antigüedades, fanático por las cosas de su tierra, cuya historia publicó en nueve recios volúmenes, después de traducir y anotar las crónicas de D. Jaime, Bernardo de Coll (atribuida á Pedro IV) y Ramón Muntaner, y que, por sus convicciones y temperamento, acogió desde un principio con entusiasmo la idea de restaurar el idioma propio de Cataluña. No satisfecho D. Antonio de Bofarull (1821-1892), que es á quien aludo, con el contingente de sus poesías, dadas á luz en periódicos barceloneses, desde 1841 reunía y divulgaba las de los demás *trovadores nuevos*, tomando parte señaladísima en la restauración de los Juegos florales, de los que fué Secretario en 1859, y Presidente en 1865. Ganó en aquellas fiestas tres premios extraordinarios con sus tres composiciones *¡Poblet!*, *¡Manso!* y *Fructuós en las arenas, ó'l mártir de Tarragona*, amén de numerosos *accesit*; pero no á sus trabajos de amena literatura, sino á los de erudición y propaganda, se debe el renombre de que gozó Bofarull.

A la vez que en Barcelona, germinaba en las Baleares la semilla sembrada por Rubió y Ors, á cuyas manos vinieron, en el mismo año que salía á luz *Lo Gayter del Llobregat*, los primeros frutos de una musa juvenil, aunque prematuramente triste, amiga de sentarse á la sombra de los cipreses y de vivir entre las densas brumas hiperbóreas. ¡Singular anomalía! En un número de *La Palma*, publicación memorable, que se inauguró el 4 de Octubre de 1840, y de la que data el florecimiento literario de aquellas islas en este siglo, se estampaba, un mes adelante, la confesión más explícita de la imposibilidad de restaurar con fines artísticos el dialecto propio. «No es la lengua del Gobierno—se decía,—y esta razón de hecho basta para acallar todas las pretensiones, y para calmar los bríos del entusiasmo más exaltado: aunque tuviésemos Homeros y Vir-

gilio, no fuera nuestra lengua estudiada por los extranjeros; bien que nuestros genios superiores, si alguno llegase á mostrarse, ciertos de la poca nombradía del idioma nativo, hablaran el de Cervantes y el de Moratín.» Pues bien; quien enviaba á Rubió la poesía á que he hecho referencia, fué D. Tomás Aguiló (1812-1884), uno de los fundadores de *La Palma*, hijo de otro autor de su mismo nombre y apellido que compuso la *Rondalla de rondallas* y transfundió en aquél su apasionado cariño por el habla provincial.

Con sino feliz consagró á ella su corazón y su fantasía el émulo de Schiller, Bürger y Uhland, que en sus *Poesies fantásticas en mallorquí*<sup>1</sup> (1852) compite en originalidad y sombría grandeza con los modelos germánicos, y sabe arrancar al genio de la balada sus más íntimas y delicadas confidencias, aportando á nuestro romanticismo una nota extraña que nadie ha hecho vibrar en la Península tan magistralmente. Cien codos se levanta la inspiración de Aguiló en sus *Poesies fantásticas* sobre el nivel medio de sus rimas en castellano. Recuerde, por ejemplo, quien la haya leído, la historia de los Condes de Vallric y su hijo arrojado del hogar paterno por amor á una joven de familia enemistada á muerte con la del galán; prisionero de la hueste de su padre, que, sin saberlo, le condena á ser colgado de una de las cuarenta encinas destinadas para patibulos de otros tantos reos; y presentándose en el festín nocturno de la morada señorial, amaratado el rostro, con la inmovilidad de una estatua, el dogal en una mano, y en la boca el siguiente apóstrofe:

Guarda, Conde, este dogal,  
que ya para mí sirvió;  
Guárdalo por si algún hijo  
á darte volviera Dios<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Las tradujo en verso castellano D. José Francisco Vich. (Madrid, 1858.)

<sup>2</sup> Traducción de D. J. F. Vich.

Bien sé que por el antecedente extracto no se puede juzgar, ni mucho menos, la balada de Aguiló; pues con iguales datos hubiera salido de manos inexpertas una obra cándida y espeluznante; pero, en ésta de que hablo, domina sobre todo la más exquisita sobriedad, y lo mismo en las otras poesías adjuntas.

En una de ellas está sensibilizado, y adquiere plasticidad análoga á la de un episodio que ingirió Víctor Hugo en la *La leyenda de los siglos*, el surco fatal é indeleble de los remordimientos que deja marcado en pos de sí el crimen. Como el parricida rey Canuto, vagando entre las tinieblas con su túnica de nieve, sobre la que cae la eterna mancha de sangre, así también en vano quiere borrar la que le arroja en rostro su víctima, el conde asesino que figura en las baladas de Aguiló, impresas siete años antes que la obra del gran autor francés.

No menos feliz anduvo el poeta mallorquín al pintarnos las agujas del reloj uniéndose, *cual dos hermanas medrosas*, cuando suenan las doce campanadas de la media noche; y al simbolizar en la sombra del marido que parte á la guerra el ángel custodio de su honor conyugal, sombra que se dibuja cuando la infeliz consorte mira de hito en hito á un paje, y que, agrandándose á medida que se van sucediendo las muestras de reprobado cariño, desaparece por un momento ante el hombre ultrajado que se dispone á borrarla con sangre.

Para optar á las joyas codiciadas de los Juegos florales barceloneses, hubo de escribir Aguiló en la lengua general de Cataluña, dejando aparte la variedad mallorquina, y lo hizo con el acierto que demuestran sus composiciones laureadas *El 25 d'Octubre y Constança d'Aragó*.

No por incidencia y de pasada, sino con el triple apasionamiento del patriota, el sabio y el artista, se inscribió desde muy joven en la exigua legión con que

contaba la *Renaixensa* D. Mariano Aguiló <sup>1</sup>, cercano deudo del autor de las *Poesías fantásticas*, y á quien se ha de estudiar como figura aparte, como á espíritu genial, refractario á la imitación, no educado en las aulas, sino en la soledad de su propio pensamiento y en la incesante contemplación de la naturaleza y la historia. No había menester Aguiló de ajeno impulso para escuchar la voz misteriosa de su vocación que le hablaba en lo íntimo de sus afectos, en las pompas y bellezas del mundo físico y en las páginas de vetustos códices, testigos elocuentes de gloriosos tiempos fenecidos. Aquella voz encarnaba siempre en el lenguaje materno, el único que ha usado constantemente Aguiló, á diferencia de la generalidad de sus compatriotas, y que para él ha representado, no ya un simple vehículo del pensamiento, sino algo vivo y de sublime excelencia; algo que merece adoración rendida y holocausto de afanes y sacrificios.

Concentrados los de la ya larga existencia de Aguiló en torno de ese altar, no cesa de ofrecerle las joyas y los dones más ricos, ya los de la poesía, ya los de la investigación costosa y tenaz. Parecíale, desde que contaba apenas diez y siete abriles, que el idioma de

<sup>1</sup> Nació en Palma el 16 de Mayo de 1825. Según él indica en una de sus composiciones, estudió latinidad con cierto fraile paisano suyo, poco antes de la exclaustración, y comenzó la carrera universitaria al son de himnos á Cristina y de *¡Viva la libertad!*, dedicándose con más ahínco á cultivar sus ingénitas aficiones literarias que á los libros de texto. Ya se había dado á conocer por varias poesías en el habla regional, cuando se trasladó de Mallorca á Barcelona, donde obtuvo, por influencia de Piferrer, una plaza en la Biblioteca provincial. De entonces datan sus primeros trabajos de bibliografía y *folke-lore* catalanes, no reñidos, sino hermanados, con los poéticos. En 1858 fué nombrado Bibliotecario de la Universidad de Valencia, y fomentó en esta ciudad las manifestaciones del Renacimiento, logrando restaurar en ella los Juegos florales. Al restituirse á Barcelona (1861), tomó parte activa en los de la capital de Cataluña, en los que ganó los tres premios reglamentarios y el título de *Maestro en gay saber* (1866), presidiendo al año siguiente el Consistorio. De las producciones de Aguiló se habla en el texto con alguna extensión.

sus padres estaba cubierto de oprobio, desfigurado con ruda costra de postiza fealdad, como cautivo en manos de pérfido encantador; y acometió la empresa de restituirle su hermosura y sus privilegios, y fué á buscar los despedazados restos de una y otros en lo más recóndito de aldeas y montañas, de libros y documentos. Interrogó á los ignorantes y á los sabios, á la tradición popular y al texto de empolvada vitela; y, tras un período que comprende casi medio siglo, puede ufanarse de que, al morir, legará á su país un inventario completo de las palabras indígenas usadas en aquél, con indicación de la localidad ó el escrito donde se hallan; un romancero popular mucho más copioso que las colecciones de Milá, Pelay Briz y Bertrán y Bros, y comenzado por indicaciones luminosas de Piferrer mucho antes de que cundieran por Europa las novedades y el nombre del *folke-lore*; un *Catálogo de obras en lengua catalana, impresas desde 1474 hasta el presente*, premiado por la Biblioteca Nacional, y la publicación ó reproducción de libros inestimables, quizá destinados á perecer sin la diligencia del sabio catalanista.

Por desgracia, la porción mayor y más curiosa de los tesoros acumulados por Aguiló, ó permanecen ocultos, ó sólo á medias han salido á luz, por lo numéricamente reducido de las ediciones, cuya costosa belleza tipográfica pone también á prueba la voluntad de los compradores; así como la falta de prólogos, ilustraciones y comentarios es doblemente lamentable, por no haber quien rivalice en competencia con el eruditísimo bibliófilo.

¿Y sus poesías?, dirá algún lector, tomando por digresiones impertinentes las noticias que van apuntadas. Sus poesías sirven de remate y coronamiento á sus tareas de coleccionador, como la afilegranada aguja al monumental edificio: las unas traducen en forma concreta lo que indirectamente las otras, y obedecen

al mismo espíritu de predilección por todo lo que ostenta el sello doméstico y local, por lo que emana del terruño y el ambiente patrios, y muy en especial por lo más humilde, recóndito y despreciado. En las rimas de Aguiló se reúne la pulcritud exquisita con la sencillez popular, el aroma de las flores cuidadas con esmero en el propio jardín y el de las que crecen bravías en selva inculta ó inaccesible montaña.

También las obras poéticas á que me refiero alcanzan la misma suerte que los demás trabajos literarios de su autor; pues sólo son conocidas, por fragmentos diseminados en periódicos y revistas y por los títulos de las colecciones á que pertenecen, la de *Amorosas*, la didáctica ó de *Consells*, el poema fantástico *Fochs follets* (fuegos fatuos), y no sé si alguna otra. Forman grupo diferente las poesías laureadas en los Juegos florales (*Esperança, ¡Axo ray! L'enteniment y l'amor*, etc.), y las sueltas ó de circunstancias, como la dirigida *Al Archivo general de la Corona de Aragón el día que fué abierto en el antiguo palacio de los Virreyes de Barcelona*.

No hay que asustarse del encabezamiento último, que de propósito he transcrito con todas sus letras: un asunto así está lleno de poesía para Aguiló, y presentado con la extraña novedad de que darán idea algunas estrofas, aun desfloradas por la traducción<sup>1</sup>. Tras la breve pintura de los triunfos obtenidos por el hombre sobre la naturaleza y los seres á él subordinados, sigue esta pregunta:

.....  
«Anciano tiempo, que vuelas y vuelas cada día más aprisa, ¿entristeces ó consuelas cada vez más á la humanidad, conforme avanza?

»Calla él, y, volviéndonos la espalda, vuela siempre

<sup>1</sup> Es, con ligeras modificaciones, la que va inserta en las *Flors de Mallorca*.

con mayor rapidez: para atarle una cadena, nadie hay bastante osado en el mundo.

»Con sus alas extendidas, abarcando el espacio inmenso, todas las vidas pasadas las empuja en su curso por delante.

»Recoge la bandada de horas aladas que, cuando llegan, huyeron ya, como los recolectores el fruto del olivo.

»A la manera que el pastor aguija sus bueyes cuando oye bramar el Noroeste, y ve la nube que graniza más cerca que el establo,

»Así se lleva los años y los siglos á esconder en la eternidad, y deja envueltas en niebla las huellas de lo pasado».

.....  
El poeta se regocija al contemplar la morada donde ha sido aprisionado el tiempo como león en su jaula, y entona su cántico de fiesta, á modo de enterrador encargado de custodiar aquella sepultura de recuerdos, y evoca en su fantasía el cúmulo de los que se le introducen por las puertas, concluyendo con una alusión eminentemente lírica á D. Pedro el del *Punyalet*.

¿No hay en esta concepción y en su desenvolvimiento cierta naturalidad primitiva que tiende á llamar las cosas por sus nombres, desconociendo el convencionalismo de los afeites retóricos? Pues de igual manera procede siempre Aguiló, pidiendo á la inagotable realidad, y no á los libros, el caudal de sus ideas é imágenes, sintiendo y pensando por cuenta propia, expresándose, no con la palabra más pulida y eufónica, sino con la más concreta y significativa. Por eso le venera como maestro el insigne Verdaguer, que ha seguido y perfeccionado aquel sistema, así en el fondo como en la parte gramatical y filológica.

Después de *La Atlántida*, *Canigó* y los *Idilis* y *cants mistichs*, nadie se atreverá á motejar de arcaico el lenguaje de Aguiló con la crudeza que lo hicieron Bofa-

rull y sus secuaces. El catalán literario, á consecuencia de un desuso tres veces secular y de la inmixción del castellano y del francés en sus palabras y construcciones, necesitaba y aún necesita retrogradar á sus orígenes, aprovechando los elementos de regeneración que encierran sus dialectos hablados y las obras de prosistas y poetas anteriores al siglo XVI; está, como si dijéramos, dentro del período constituyente, en cuanto que no se ha fijado en forma definitiva. Contribuir, como lo hizo Aguiló, á que no se convirtiese en jerga bastarda y heterogénea, infundir en él la savia castiza, aunque quizá con alguna violencia y á raudales, fué asegurarle la vida.

Al mismo tiempo que se difundió la buena nueva del Renacimiento en la capital del Principado y en la de Mallorca, no faltaba en Valencia quien intentase descolgar *la lira dels seus avis*, respondiendo á la invitación de Aribau y levantando el dialecto *lemosin* (como indebidamente se decía entonces) del cenagal en que lo había sumergido una turba de autores populacheros<sup>1</sup> con sus coloquios, farsas bajo-cómicas, *miracles* y obrillas de distinta especie y sin más destino que el momentáneo desahogo ó los aplausos y el entretenimiento del vulgo. En una revista literaria que salió á luz en la ciudad del Turia, desde 1841 á 1843, con el título de *El Liceo*, órgano de la Asociación que así también se llamaba, aparecieron algunas poesías inspiradas y serias de D. Tomás Villarroya, como la que comienza:

Angel que Deu per mon conort envía,  
Celest visió de mes ensomnis d'or,  
Image de ilusions y poesía,  
Delicia del meu cor,  
En ton laor desplegaré jo els llavis,  
Y una cansó diré, filla del cel,

<sup>1</sup> De todos habla profusamente y con desmedidos elogios D. Constantino Llombart en *Los fills de la morta-viva*.

En la olvidada llengua de mons avis,  
 Mes dolsa que la mel.  
 Acas lo meu cantar ja t'importuna,  
 Cent voltes t'alabansa m'has ouit  
 Y cent també la misteriosa lluna  
 En la callada nit.

Como se ve, esto es castellano con levísimas alteraciones fonéticas que no exigen aclaración, y todavía menos importantes que las de la oda *A la patria*, de Aribau <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> El ejemplo de Villarroya fué seguido por el escolapio Pascual Pérez y por D. Juan A. Almela; pero la restauración literaria no adquirió verdadero arraigo en Valencia hasta que se celebraron los Juegos florales de 1859, conforme se verá más adelante.



### CAPÍTULO III

#### MARCHA PROGRESIVA DEL RENACIMIENTO. LA INSTITUCIÓN DE LOS JUEGOS FLORALES.

Nuevas influencias políticas y literarias.—Orígenes, espíritu y resultados de los Juegos florales.—Grupo catalán de poetas que á ellos acude: Adolfo Blanch, Dámaso Calvet, Alberto Quintana, Luis Roca, Isabel de Villamartin y M. Josefa Massanés.—Grupo balear: Pons y Gallarza, Forteza, Roselló, Miguel V. Amer y Victoria Peña de Amer <sup>1</sup>.

**A**UNQUE el renacimiento literario de Cataluña no tuvo su principal origen en las circunstancias políticas que siguieron á la sustitución del antiguo régimen por el constitucional, no hay duda que se vió favorecido por la libertad de discusión y propaganda, según advertí oportunamente; y que, con mayor ó menor intensidad, repercuten en él todos los cambios gubernamentales que registra nuestra historia moderna, y todo avance en las teorías democráticas y los acontecimientos revolucionarios. Con el bienio pro-

<sup>1</sup> Por razones de método, que después se comprenderán, quedan reservados para otro capítulo los nombres de varios autores que podrían figurar junto á los que se enumeran en este epígrafe.